

Está aventando en las doradas eras
Al aire deseado el rubio trigo
El que entre otras señales verdaderas
Del vellón y la lluvia fué testigo;
Mándale Dios que rija sus banderas
Y sea cabeza de su pueblo amigo,
Mudado el viento en el bastón honroso
Del general del pueblo venturoso.

Al sol de julio y al rigor de enero
Apacienta contento su ganado
El que al jayán vanaglorioso y fiero
Miró á sus toscos pies descabezado;
Súbele Dios del pastoril apero
A la púrpura rica y al brocado,
Y trocado el cayado por el cetro,
Es suave cisne en su acordado plectro.

Echan al mar azul las blancas redes,
Su oficio haciendo desde su barquilla
Las piedras, donde funda sus paredes
La iglesia, oclava y nueva maravilla,
Y el amor, que los quiere hacer mercedes,
Volvió sus ojos á la fresca orilla,
Y Cristo con los suyos en su alcance,
Sacó del mar el primitivo lance.

En tanto estima Dios, en tanto precia
Al hombre, que en su oficio entretiene,
De trabajar en él no se desprecia,
Aunque sea pobre, humilde y abatido;
Es vicio loco de la gente necia
Despreciar el oficio en que han nacido,
Pues siguiendo un error de errores lleno,
Dejan el propio y siguen el ajeno.

La república llora esta tristeza,
Pues rompidos sus fueros soberanos,
Los miembros que adornaban su belleza
Se han convertido en monstruos inhumanos;
Ve que las manos quieren ser cabeza,
Y que los pies se atreven á las manos,
Que los ojos están en las espaldas,
Los brazos presos entre infames faldas.

Divina musa, recoge el freno,
Mirad que vuestra pluma se desboca;
Pues reprendeis tratar de oficio ajeno,
No queráis hacer vos el que no os toca;
Volved al dulce canto de paz lleno,
Dejad de predicar la gente loca,
No haréis poco en cumplir con vuestro oficio;
Vel que hacer el ajeno será vicio.

Trasnocha un pastorcillo desvelado
Hecho custodia fiel de sus ovejas,
En la piel vedijuda enamarrado
Que apenas se le ven ojos ni cejas,
Y del mastín amigo acompañado,
Librando su cuidado en sus orejas
Contra la astucia del sangriento lobo
Que anda rondando para hacer el robo.

Alza los ojos y en el aire mira
El divino escudron de ángeles bellos,
Y aunque su hermosa claridad le admira,
Se le erizan temblando los cabellos;
Turbado á su cabaña se retira
Huyendo de la luz que sale dellos;
Oye las voces y con miedo escucha
El nuevo bien y su ventura mucha.

Salte espantado de la buena nueva,
Y el temor de los ojos sacudido,
En el misterio santo el alma eleva
De nuevo gozo el pecho enriquecido;
Sale, y la nueva venturosa lleva
A los demás pastores del ejido;
Llega á un repecho de maleza extraña,
Donde el fuego le enseña una cabaña.

Mira á la puerta arder las teas amigas
Y en medio mira el rustico caldero,
Adonde prenden las morenas migas
Los ajos blancos entre el pan grosero;
Arde la llama y menguan las fatigas
De la fuerza cruel del tiempo fiero;
Dentro en la choza mira recostados
Cantidad de pastores abrigados.

Metidos en los rústicos capotes
El calor gozan de la llama amada,
Y con graciosos amigables mojes
Pasan el frío de la noche helada;
Recostados encima sus garrotes
Esperan la comida regalada
Que hierve apriesa, y con mayor querrian
Llenar las flacas tripas que se enfrian.

Cuál que en saberlas sazonar se extrema,
Llega con la cuchar y vuelve luego
A gustarlas, y viendo que se quema
Hacen del los demás donaire y juego;
El de las migas y el placer blasfema,
De la cuchar, de la sazon y el fuego;
La lengua por la boca mueve aprisa;
Hacen del los demás donaire y risa.

Entró el pastor que aumenta el regocijo,
Y derramando por los ojos gozo,
La nueva venturosa alegre dijo,
Que apenas le dejaba el alborozo;
El corro pastoril le contradijo,
Que para burlar dellos es muy mozo;
El jurando porfia, porfian ellos;
Ellos burlando, quiere el convencellos.

Por mas que jura no halla quien le crea:
Dicen que si ha cargado delantero,
Que otra vez salga y que por todos vea
El escudron alegre y placentero.
Un hambriento pastor que ver desea
El reluciente suelo del caldero,
Le quita de la lumbre, y diligente
Le pone en medio de la hambrienta gente.

No se arrojan así perros de Irlanda
A la cobarde fugitiva presa,
Ni de palomas la copiosa banda
Al grano rubio de la parva espesa,
Como la escudra tosca cerca y anda
Al rededor de la grosera mesa,
Do cada cual con su cuchar pretende
El castillo rendir que se defiende.

Hacen su centro del caldero ahumado,
Y hechos ellos igual circunferencia,
Arremeten al rústico guisado
Que los provoca á tanta diligencia;
Llenas las tripas del manjar amado,
Matando á quien mataba su paciencia,
Anda la bulla y bulle el alegría,
Huye la hambre fea y niebla fría.

La trápala y la grita anda derrota;
Comen cual si comieran á destajo;
Anda la rueda la liberal bota
Tras el chismoso mal nacido ajo;
Por segundar ninguno se alborota;
Tras la pimienta seca del tasajo,
Suenan las voces y la grita suena;
Ya es fuego el hielo y es placer la pena.

Cuál con el cucharón grosero abunda
Para sacar las migas mas calientes;
Cuál puesto al cinto de la reesa honda,
Deja colar el vino entre los dientes;
Cuál el caldero trae á la redonda,
Siguiéndole los otros diligentes;
Cuál con la mano de las migas llena,
Unta al que las cogió barba y melena.

Salen corriendo de la alegre choza
Unos tras otros por el blanco suelo,
Y como gente placentera y moza,
Gozosos velan al rigor del hielo,
Cuando el nuncio Gabriel se desemboza
De entre la nube de color de cielo;
Cércalos una luz hermosa y clara;
Destumbralos la lumbre de su cara.

Cuál con las migas por el suelo rueda,
Cuál ciego cae á la beldad que admira,
Cuál boca abajo, cuál de espaldas queda,
Y cuál apenas de temor respira;
Cuál por huir entre el gaban se enreda,
Cuál, hecho matachin, al sesgo mira,
Cuál con el cucharón se queda tieso,
Cuál deja el rostro entre la escarcha impreso.

«Dejad, dice Gabriel, santos pastores,
El asombro que os tiene acobardados
De ver los nunca vistos resplandores,
De cuya blanca luz os veis cercados;
Echad de vuestro pecho los temores,
Vuelvan en sí los rostros demudados;
Nuevas os traigo de contento llenas,
Grande gozo os anuncio y nuevas buenas.

«Que el salvador divino os ha nacido
En la ciudad del Rey pastor su abuelo,
Y para que creáis lo referido
Y que soy nuncio que os despacha el cielo,
En unos pobres paños escondido
Le hallaréis puesto en un pesebre al hielo:
Levantad, no temáis; buscad gozosos
El bien que siempre os ha de hacer dichosos.

«Mirad que el Niño que en las pajas yace
Es Dios y hombre, que entre cielo y tierra
Las perdurables amistades hace,
A su gracia volviendo al que destierra;
Mirad que es Dios que eternamente hace
Y de hoy nacido en un portal se encierra;
No tengáis miedo, que por raros modos
Ángeles y hombres somos unos todos.

«No está entre los tapices y las telas,
Ni en la real cuna de bruñida plata;
No en el palacio lleno de cautelas
Entre ricas cortinas de escarlata;
No guardado de armadas centinelas,
Ni de la gente que lisonjas trata;
No entre peludas martas abrigado
Ni en ricos cobertores de brocado;

«No está entre plumas de los serafines,
Ni al calor de su sol que le caliente,
Ni entre las alas de los querubines,
Ni vestido del cielo refulgente;
No entre hojas de claveles y jazmines
En las faldas rosadas del Oriente,
No de la luna entre las lucas bellas
Ni entre rayos de candidas estrellas:

«El alcázar suntuoso que ha escogido
Es un humilde establo, y ese ajeno;
La cuadra entapizada en que ha nacido
Un portal combatido del sereno;
Las telas ricas donde está escondido
Son pajas pobres del prestado heno;
Es el pesebre la dorada cama,
Rico con el aljofar que derrama.

«En medio del rigor desta pobreza
Del pesebre, el establo, paja y hielo,
Veréis gozosos la mayor riqueza
Que vió la tierra ni que goza el cielo;
Veréis de Dios la sin igual grandeza
Atesorada entre el humano velo;
Veréis entre pañales y mantillas,
Al que no cabe en las etéreas sillas.

«Veréis mas que el sol bello hermosa y pura
A la Madre, que virgen ha quedado;
Veréis á la bellísima criatura
Siendo criadora del que la ha criado;
Veréis de tierra y cielo y la hermosura,
El bien de tantos siglos deseado;
Veréis al fiel Josef, que alegre llora,
Hecho custodio de los dos que adora.

«Veréis al cielo que á la tierra baja,
Veréis la tierra que se sube al cielo,
Veréis la espiga eterna entre la paja
Con granos de oro enriqueciendo el suelo;
Veréis que saca de su verde caja
La tierra rosas á pesar del hielo;
La noche es día, las escarchas flores,
Primavera del tiempo los rigores.

«Veréis los celestiales cortesanos
Ya avecinados en la pobre aldea,
Veréislos con vestido y traje humanos,
Porque su Rey de serlo se recrea;
Veréis que de amistad se dan las manos
La justicia y la paz, que lo desea;
Veréis que llora Dios preso de amores
Y que hace propios ya vuestros dolores.

«Veréis que el cielo pide paz al suelo,
Porque el suelo á su Rey preso le tiene;
Veréis que el hasta aquí cerrado cielo
A hacerle franco á los mortales viene;
Dejad, pastores, el cobardo hielo
Del amarillo miedo que os detiene;
Id al dichoso bien que desearon
Los profetas que del profetizaron.»

Dijo, y con voces llenas de alegría
Un angélico ejército resnena,
Haciendo con su luz hermoso día
La siempre venturosa noche buena;
«Gloria á Dios! el alado coro envía,
«Paz á los hombres! por el aire suena;
«Eco se alegra, y dentro, do se esconde,
«Gloria á Dios y á la tierra paz! responde.

Respondieron los montes y collados
Volviéndoles las voces de que gozan;
Los mastines, atentos y turbados,
Parece que á las nievas se alborozan,
Los cabritillos por el suelo echados
Se levantan alegres y retozan;
Balan las ovejuelas de contento;
Cobran sus dueños el perdido aliento.

Gozosos y admirados se levantan
Oyendo de los bellos escudrones
Que por el aire claro alegres cantan
De gloria y paz dulcísimas cauciones;
Ya del misterio celestial se espantan
Y rinden los humildes corazones
A la verdad del mensajero alado,
Que de millares vuela acompañado.

Aperciben la gaita, el caramillo,
El rabel, las sonajas y el pandero;
Cogen mirto, arrayán, trebol, tomillo,
Cinamomo, laurel, palma y romero;
Con pecho humilde y ánimo sencillo
Cada cual trueca el hábito grosero
Por el sayo con cintas de colores,
Que imitan del abril las varias flores.

Cuál de la ubre de la oveja blanca
La gruesa leche para el Niño lleva,
Del alcomoque antiguo cuál arranca
El nativo panal con la miel nueva,
Y cuál con mano liberal y franca
Despoja alegre la abundante cueva
De la pingüe manteca y fresco queso,
Del higo y pasa dulce y datil tieso.

Cuál escoge el pintado cabritillo
De las copiosas tetas arrancado,
Y cuál con pecho y corazón sencillo
Al hombro carga el recental manchado;
Cuál en el limpio y blanco cauastillo
Pone el pellico y camison labrado,
Cuál pone los pañales y mantillas,
Conserva añeja y frescas mantequillas.

Ponen sobre sus rústicas melenas
Guirnaldas de laureles y arrayanes,
Y las almas humildes de luz llenas
Llevan en cuerpos mas que el sol galanes;
Olvidan los cuidados y las penas
Y con meneos gozosos y ademanas,
Al son de concertados instrumentos
Bailando van festivos y contentos.

Ven hácia la abajada de una loma
Fuegos arder de cedros olorosos,
Porque otra escudra pastoril asoma
Con bailes placenteros y gozosos;
Crece el placer y nuevas fuerzas toma;
Suenan los instrumentos bulliciosos;
La noche hacen los baches claro día;
Suenan la bulla y bulle el alegría.

Júntanse los dos corros, danse cuenta
De las dichosas nievas que han oído;
El gusto crece y el placer se aumenta;
Silbos y voces hunden el exido;
Cintia, zagala que á la nieve afronta
Por bella Elena y por honesta Dido,
Toca el adufe y como cisne canta,
Porque le hurtó el color y la garganta.

Llegan de una alta sierra á la alta cumbre,
Donde el portal divino se parece
Tendiendo rayos de admirable lumbre
Que los pasma, deslumbra y enmudece;
Miran la soberana muchedumbre
Que por el aire claro resplandece;
Escuchan las dulcísimas canciones;
Deshácese de amor los corazones.

Suenan los silbos y las voces suenan,
Suenan los instrumentos concertados;
Con sus gritos el aire manso atruenan
Los montes, sierras, solos y collados;
Retumban los penascos y resuenan
Respondiendo también regocijados,
Y tras la luz que hacia el portal los guía
Rennevan el placer y la alegría.

Llegan gozosos á la cueva rica
Disparando ligeras zapatetas,
Y al son de la guitarra que repica
Repicando sonoras castañetas;
Cintia la voz al panderete aplica;
Ayúdala con voces inquietas;
Trazan un contrapas zapateado
Y seis á seis comienzan un cruzado.

Ramos de oliva y cedros olorosos
En torno arriman de la agreste entrada,
Y con guirnaldas de arboles hojosos
Adornan y coronan la portada;
Ponen nardos y mirros amorosos,
Cinamomo y la casia celebrada,
Romerros, arrayanes y laureles,
Madrornos con racimos de claveles.

Llegan á ver entre las secas pajas
El rescate del largo cautiverio;
Suenan el rabel, la gaita y las sonajas,
La zampoña, el adufe y el salterio;
Los pastores bailando se hacen rajás
Reconociendo el celestial misterio;
Josef llora de gozo y regocijo,
Y enséñales del Padre eterno el hijo.

Quitán de encima de las crespas sienas
Las verdes hojas y las frescas flores;
El portal siembran de los pobres bienes
Que pueden hacer ricos sus amores,
Y ante las fuentes del amor perenes
Que están vertiendo gracias y favores,
Se arrodillan suspensos y pasmados,
En el Niño que adoran transformados.

Apenas los grosos ojos mueven
De aquellas luces que la dan al día,
De quien mil veces venturosos beben
El néctar que divinas almas cria;
Sangre del alma enternecidos llueven
Por los ojos bañados de alegría;
Los corazones suben á los ojos
Por ver los que á Dios quitan los enojos.

El Niño por la vista al alma pasa,
Y el alma herida de la luz hermosa
Sale en busca del fuego que le abrasa
En la llama que la hace venturosa;
A las ventanas sale de su casa,
Vierte por ellas dulce agua amorosa,
Agua de amor que del amor es leña,
Adonde el fuego mas su fuerza enseña.

Que como de la boca del tebanó
Salían cadenas de oro que prendían
Las orejas del pueblo galicano,
Que adonde el los guiaba le seguían,
Así del resplandor del Dios humano
Unas prisiones de oro le salían
Que á los rústicos ojos la echaba
Y presos tras los suyos los llevaba.

Y cual el ámbar que la paja leve
Del suelo pobre á sí unida levanta,
Y como piedra iman que al hierro mueve
Por secreta virtud que al vulgo espanta,
El Rey eterno de los coros nueve
Con la luz de su vista sacrosanta
Las pajas de la tierra y hierro duro
Sube á su resplandor hermoso y puro.

Deidad conocen en el Niño tierno,
Divinidad de Dios entre pañales,
Entre flaqueza humana ser eterno
Y gloria entre sus perlas orientales;
Ven que hace mayo al erizado invierno,
Que le adoran escuadras celestiales,
Que está entre el heno y que de allí vocea
Que es la gloria en que el cielo se recrea.

Por Dios adoran al que tiembla al hielo,
Por todo poderoso y infinito,
Por rey universal de tierra y cielo,
Por infinita paga del delito;
Miran á Dios debajo el mortal velo,
Su omnipotencia en su lloroso grito;
Su gloria en un pesebre, y su grandeza
En el estado de mayor pobreza.

Conocieron del Verbo sacrosanto
Lo que el arcángel celestial les dijo,
Y en el pesebre entre la paja y llanto
Por Dios adoran al dos veces hijo;
Llenos de gozo y admirable espanto
Los embelesa el justo regocijo;
No se hartan de mirar la lumbre pura
Que llena el cielo impíreo de hermosura.

Miran á la dichosa cabecera
Al gran Josef, prostradas las rodillas,
Hecho su corazón de blanda cera
Que se derrite sobre sus mejillas;
Ven á la madre Virgen siempre entera
Gozando de las raras maravillas,
A los piés de su amado, en quien suspensa
Goza las luces de su lumbre inmensa.

Miran los animales mas dichosos
Que el falso que engañó á la bella Europa,
Y el celebrado en cuentos fabulosos,
Donde triunfaba la embriagada copa;
Ven que con sus alientos amorosos
Sirven al Niño de caliente ropa,
Que le dan el calor que les da vida
El establo, el pesebre y la comida.

Ofrecen los humildes cortos dones
Al niño Dios, y entre ellos de amor llenos
Le ofrecen los cautivos corazones,
Que no merece su hermosura menos;
Ricos de fe, si pobres de razones,
Muestran en lo que dan sus deseos buenos,
Pues quisieran traer á su belleza
De las del mundo la mayor riqueza.

La Madre virgen y su Esposo amado
Con rostro y corazón agradecido,
Hechos lenguas del mudo Dios fajado,
Los regalos reciben que han traído,
Estimando en los dones que le han dado
Las almas que también le han ofrecido,
Que no hay precio que llegue á lo que vale
Un don pequeño si del alma sale.

La Madre los convida con el Niño,
Y corriendo del heno las cortinas,
Gozan suspensos entre el pobre aliño
Al criador de las ruedas cristalinias;
Ven la blancura del nevado arriño
Entre las encarnadas clavellinas;
Ven por la nube al sol que los enciende,
Al Dios de amor que los cautiva y vende.

Llegan á los piés blancos de azahares,
Ya por el hombre entre la faja presos,
Besos le dan por ellos á millares,
Queriéndose comer el Niño á besos;
Los ojos de su Madre se hacen mares,
Gozosa en ver de amor tantos excesos;
Su amado Esposo con devota risa
Se alegra en ver que al pan del cielo hay prisa.

Un pastor se quitó el blanco pellico
Abrigando con él al pastor bueno,
Que se quiere curtir desde tan chico
Al rigor de la escarcha y del sereno;
Queda el pastor que se le ha dado, rico,
Y el coro pastoril de gozo lleno,
Se regocija alegre y venturoso
Mirando hecho pastor al Niño hermoso.

Vuélvense á coronar de verde oliva,
Y por los ojos derramando amores,
Dicen alegres: «Viva el pastor, viva,
Viva el divino Dios de los pastores;
Muera el dios falso de la frente altiva
Llamado Pan, que lo era de dolores,
Y viva el bello Dios, el pan del cielo,
Que trae del hombre pobre el mortal velo.»

Quitán las bandas de los toscos brazos,
Y puestas en las manos van tejiendo
Al son del caramillo diestros lazos
Tras las dos sueltas guías revolviendo;
De gusto y de placer se hacen pedazos
Mirando al Niño, que se está riendo,
Que parece los mira agradecido
Del baile alegre con que le han servido.

Los ángeles, alegres y gozosos,
Mueven los soberanos escuadrones;
Suenan los instrumentos belicosos
Y marchan tremolando los pendones;
Reverberan los rayos siempre hermosos
En los diamantes de los morriones;
Llevan tendidas las pintadas alas
Haciendo muestra de las ricas galas.

En tres escuadras iban ordenados,
Y en nueve aquestas tres se dividían,
Y en el humano Dios regocijados,
Un verdadero batallar fingían;
A los escudos de cristal labrados
Con ricas lanzas de oro arremetían;
Luego volviendo las espaldas bellas,
Se tiraban del cielo las estrellas.

Cuáles gozosamente se encontraban
En los escudos con igual destreza,
Cuáles dardos y flechas arrojaban
Venciendo al aire mismo en ligereza
Y cuáles en volar se señalaban
Volando al palio de mayor riqueza,
Y cuáles de las manos enlazados
Danzas tejían y corros concertados.

Tras estos las seráficas regiones
Gozosas muestras de su gloria dieron,
Y al son de las dulcísimas canciones
Alegres lazos con primor tejieron;
Mézclause con los bellos escuadrones,
Y todos juntos nueva fiesta hicieron,
Cantando soberanas alabanzas
Haciendo corros, juegos, bailes, danzas.

Los pastores, suspensos y turbados,
Se acobardaron á sus resplandores,
Mas de los mismos ángeles llamados
Salen alegres todos los pastores,
Y ángeles y pastores ya mezclados
Celebran de Dios niño los amores;
Los hombres y los ángeles se abrazan
Y en lazos dulces de amistad se enlazan.

Todos son unos, todos dulcemente
Gozan de los favores sobrehumanos,
Todos estrecha y amigablemente
De perdurable paz se dan las manos;
Ya la divina y la terrestre gente
Con canciones y versos soberanos
Cantan á Dios las celebradas paces,
Dellas los hombres hasta aquí incapaces.

Suenan los instrumentos pastoriles
Y rennevan sus rústicas mudanzas;
Los que vencen los cándidos marfiles
Los acompañan en las toscas danzas;
Resuenan las trompetas y anafiles,
Relucen de cristal las bellas lanzas,
Mézclanse los pastores venturosos
Entre los escuadrones siempre hermosos.

Todos llenos de gozo y alegría
Gozan las luces de la lumbre pura
Que el Niño enamorado les envía
De las fuentes de gloria y hermosura;
Todos en dulce alegre compañía
Celebran de los hombres la ventura,
Celebran de la paz las amistades,
Que durarán por mas de mil edades.

En diferentes juegos ocupados
Están alegres hasta que del alba
Al horizonte vieron asomados
Los caballos, que le hacen dulce salva;
De jazmin y de rosa encubiertos
Los pica en busca de la ocasion calva
Que ofrece de su frente la guejeja,
Burlándose del necio que la deja.

Saca delante las pintadas aves
Haciendo una agradable melodia
Que enjugan de sus ojos bellos graves
Las perlas ricas que hacen rico al día;
Saca flores y aromas mas suaves
Que coge Híbla y que Pancaya cria;
Saca sus huertos, parques y pensiles,
Sembrando mayos y esparciendo abrilés.

En esto los pastores se despiden
Del Niño, de Josef y de su Esposa,
Y encarecidamente á los tres piden
Se sirvan dellos en cualquiera cosa;
Que sienten que las almas se dividen
De los cuerpos en pena tan forzosa,
Y al despedirse de los tres que aman
Lágrimas tiernas de afición derraman.

El gozoso Josef tiende los brazos
Agradecido por la Madre y Hijo;
Dales lleno de amor tiernos abrazos
Bañado en dulce y grave regocijo;
Cada cual preso en los divinos lazos
Mil alabanzas á Josef le dijo,
Mil ternezas, mil justas norabuenas,
Las puertas de las almas de agua llenas.

Y luego ante las luces sacrosantas
De la que puso á Dios entre mantillas
Se arrojan por besar las bellas plantas,
Prostradas por el suelo las rodillas;
La Reina humilde con las manos santas
Alza á la gente de almas tan sencillas,
Y con tiernas palabras agradece
El bien que al Niño y á ella se le ofrece.

Vuelven á ver el Niño en el pesebre;
Cércale al rededor, y al despedirse
No hay corazón que no se parta y quiebre,
Viendo de aquellos ojos desasirse;
No hay ninguno que al Niño no requiebre
Diciendo lo que siente al dividirse
De aquella luz adonde el alma deja,
Que sin ella se va si del se aleja.

El Niño hermoso el agradable ceño
En grave y dulce risa convertido,
Muestra al rostro divino mas risueño,
A su sencillo amor agradecido;
Y por no perturbar el dulce sueño
A quien al Niño amado ven rendido,
Se van y no se van los corazones,
Que dejan del amor en las prisiones.

Cogen las pajas del dichoso heno
Que tocaron del Niño á la belleza,
Y cada cual, de gozo y amor lleno,
Hace guirnalda dello á su cabeza;
Cada cual enriquece el tosco seno,
Venerando admirados la riqueza
De las reliquias santas que han tocado
Al Verbo eterno en carne disfrazado.

Abrazan á los ángeles hermosos
Hechos vides de aquellos olmos bellos,
Y ellos con lazos del amor gloriosos
Prenden y enlazan los hermosos cuellos;
Pártense los pastores venturosos,
Y los ángeles nobles van con ellos,
Acompañando á los pastores santos
Que han visto bienes y misterios tantos.

Con voces dulces y regocijadas,
Al son de los acordes instrumentos,
Llegan á ver las rústicas majadas
Que repiten sus últimos acentos;
Entran en las cabañas deseadas
Mas que nunca gozosos y contentos,
Adonde á Dios alegres alabaron
En todo lo que oyeron y miraron.

Salió el comun brasero del Oriente
Del regañón a soplos encendido,
Y de las nubes entre el humo ardiente
Centellea del mar humedecido;
Salió y abriga al Niño omnipotente,
Calienta al mundo helado y aterido,
La ropa blanca de la escarcha enjuga
Y da calor á la que el cierzo arruga.

La Virgen soberana confiriendo
Dentro en su corazón lo que gozaba,
Los secretos misterios revolviendo
En el divino pecho los guardaba;
Los ojos graves á su Dios volviendo,
Que con los suyos bellos la buscaba,
Le pone entre los brazos, y el contento
Pide á los blancos pechos el sustento.

Dásele la bellísima Princesa;
Josef se pasma y de contento flora,
Ya como á su menor al Niño besa,
Ya como á su Criador y Dios le adora;
El Niño hermoso que de mamar cesa
Vuelve á mirar al Santo que enamora,
Biese el Niño, y hora alegre el Santo,
Dando entre tanta gloria fin al canto.

CANTO XVI.

De la circuncisión de nuestro Redentor.

A la engeida alegre primavera
Que espárese de su rostro los colores,
Volviendo al campo su beldad primera,
Sus verdes hojas y sus varias flores
Sigue el estío, cuya fuerza fiera
Derrama de su pecho los ardores,
A la avecula enciende, al hombre exhala,
Los campos seca y sus frescuras tala.

Al rico otoño, rubio y colorado,
Que vierte frutas de su opimo seno,
Y de racimos dulces coronado
Exprime el fruto de dulzuras lleno,
Sigue el invierno pálido y mojado,
Que, robando el verdor del prado ameno,
Melancoliza al cielo, y á la tierra
Entre la escarcha tristemente entierra.

A la tranquilidad y á la hermosura
Del mar en blanca leche convertido,
Cuyo cristal alegre y asegura
Al mas cobarde y menos atrevido,
Sigue la triste tempestad oscura
Y de las canas olas el ruido,
Montes haciendo, muros levantando,
Al sol que en él se mira amenazando.

Al carro de oro que sus luces vierte
En la tierra que deja florecida,
Signe la noche, que es del mundo muerte,
Y privale del alma de su vida;
Tras la serenidad va airada y fuerte
La nube densa en lluvia convertida,
Y tras la juventud lozana y verde
La enfermedad que sus bellezas pierde.

Signese á la belleza mas gallarda
Y á la rara indomable fortaleza
La amarilla vejez, enferma y tarda,
Marchitando sus fuerzas y belleza,
Y á la paz que en quietud los reinos guarda,
De la guerra inhumana la fiera,
Y á la privanza real de la real gracia
La inopinada y súbita desgracia.

A la alegría risueña y bulliciosa
Se sigue la tristeza que la hereda,
Y la caída cierta y presurosa
Al que holló lo supremo de la rueda;
Signe á la vida alegre y deleitosa
El fin amargo de la muerte aceda,
Los extremos del gozo ocupa el lloro,
Que sin mezcla de tierra no hay tesoro.

Está gozando el parque deleitoso,
Hecho virey de todo lo criado,
El primer padre y el primer Esposo
En la inocencia del dichoso estado,
Y del bien que le pudo hacer dichoso
Sale á destierro y muerte condenado,
Vuelto flaco y enfermo el sano y fuerte,
Su gracia en culpa y su pecado en muerte.

Está Abraham gozando el alegría
De la risa que en casa le ha nacido,
Fruto tardío de la Sara fría,
Que hizo risa del hijo prometido;
Y cuando mas placer se prometía,
Mándale Dios que al hijo al alma asido
Al campo lleve, y hecho fílicida,
Le dé la muerte quien le dió la vida.

Goza el paciente Job de la abundancia
De posesiones, hijos y ganados,
Haciendo con su próspera ganancia
Los abundantes bienes mejorados;
Hace el soberbio Satanás instancia,
Y á Dios suplica que le sean quitados;
Dale licencia Dios, y tal le deja,
Que su mayor tesoro fué una teja.

Siempre se mezcla el llanto con la risa,
El bien y el mal, la pena y el contento;
Siempre las huellas de los gustos pisa
El amarillo y triste descontento;
Apenas por los ojos se divisa
El gozo, cuando va en su seguimiento
El dolor que le sigue como sombra,
Hecho fiscal que al alma triste asombra.

Siempre mezcla retama entre el almibar,
La amarga hiel entre el panal hermoso,
Entre el azúcar dulce amargo acibar,
Y entre el vino el absintio ponzoñoso,
Entre los granos del precioso Tíbar
De su margen el barro cenagoso;
En todo mezcla su forzosa salsa,
Royendo el gozo desta vida falsa.

Están Josef y su divina Esposa
Gozando del que gozan los del cielo;
Están cogiendo de su prenda hermosa
Las riquezas de gracia y de consuelo;
Están gozando de la luz gloriosa
Que se trasluce entre el humano velo;
Están bebiendo los favores raros
De la alegría de los ojos claros.

Y á siete días de excesivo gusto
A embargar su placer llegó el octavo
Día, en el cual el sumamente justo
Ha de ser señalado como esclavo;
Pasó á Josef el corazón robusto
La punta aguda del cuchillo bravo;
Hirió á su Esposa el cristalino pecho
En arroyos de lágrimas deshecho.

Saben que, aunque es legislador divino,
Quiere á la ley, que él hizo, sujetarse,
Que quiere, siendo rey del orbe trino,
Fiel descendiente de Abraham mostrarse;
Pues cuando el bello parainfio vino
A decir que Jesús ha de llamarse,
Los reveló que Dios tenía ordenado
Que fuese el niño Dios circuncidado.

La Madre de la gracia y della llena
Baña su rostro de copioso llanto,
Sintiendo ya el dolor, la angustia y pena
Que huyeron de su parto sacrosanto;
Y viendo que es el cielo quien lo ordena,
Como lo declaró el arcángel santo,
Obedeciendo á Dios el alma esfuerza,
Pidiéndole en tal trance nueva fuerza.

Al niño Dios desnuda y descompone,
Y viéndole, al dolor menos resiste;
El sus ojos en ella alegre pone
Por alegrarla como la ve triste;
Ella graciosamente le compone,
Y lo mejor que puede adorna y viste
Para que al templo su Josef le lleve;
A dar su sangre por el hombre alevé.

Dale mil dulces amorosos besos
Diciéndole ternísimos amores;
Baña con sus aljíaes espesos
Del niño Dios las encarnadas flores;
El con los ojos en su Madre impresos
Derrama perlas de sus resplandores,
Mezclándolas al llanto de su Madre,
Y aumentando el dolor del virgen Padre.

Llega el tierno Josef al Niño hermoso,
Y pónese llorando entre sus brazos,
Y juntándole al pecho venturoso,
Besos dulces le da y tiernos abrazos;
Lleva llorando al Todopoderoso,
Atado y preso en los piadosos lazos,
A dar señal de la copiosa paga,
Porque al Padre enojado satisfaga.

Va de la eternidad el heredero
En el humilde traje de villano,
Va á empadronarse en forma de pechero,
Siendo de Dios el Hijo soberano;
Va el inocente cándido cordero
A que señalen el vellón humano
Con el almagre de su sangre pura,
Que la deuda del hombre hace segura.

Va á que le piquen el vestido estrecho,
Porque le viene corto y apretado,
Pues fajado el sayal de que está hecho
Descubrirá la tela del brocado;
Va á mostrar el tesoro de su pecho,
Que un tiempo verterá por el costado,
Va á dar señal del infinito precio,
Que del bocado amargo fué el aprecio.

Va, como mercader, á abrir la tienda
De los ricos tesoros inmortales,
Haciendo muestra de la rica hacienda
Que baja de sus Indias orientales;
Va á dar por los mortales una prenda,
Que puede redimir á los mortales,
Va á firmar con su sangre una escritura
En que se obliga á Dios por su criatura.

Va, como suele tierno enamorado,
Que, ausente largo tiempo de su esposa,
Le desea dar, entre otras que ha guardado,
La joya que ha de hacerla venturosa;
Va el inocente Dios á ser sangrado
De la dolencia larga y contagiosa,
Que, aunque no le tocó su sangre pura,
Es de la enfermedad la cierta cura.

Despidese Josef de su querida,
Que queda sin el bien de sus amores,
Como la rosa sin sazón cogida,
O como el árbol sin las bellas flores;
Queda cual cuerpo á quien faltó la vida
Y como el cielo sin sus resplandores;
Queda sin alma, que la lleva el Niño
Entre las fajas del precioso aliño.

Herida queda del cuchillo agudo
Que ha de sacar la sangre sacrosanta
Para romper el apretado nudo
Que tiene el preso Adán á la garganta;
Y imaginando al bello Dios desnudo,
Que espera el golpe que al mas fuerte espanta,
Hace fuentes los ojos soberanos,
Que vierten de diamantes ricos granos.

Prostradas por el suelo las rodillas,
La beldad de sus ojos envía al cielo,
Y enriqueciendo las doradas sillas,
Al estrado de Dios llegó de un vuelo;
Suspensa en las eternas maravillas,
Encalmó de su pena el desconsuelo,
Y absorta en Dios, se está en su humilde casa
Mientras el tiempo de la ley se pasa.

Que, aunque pudiera por su gran pureza,
Pues mas que el sol quedó pura y hermosa,
No sujetar su sin igual limpieza
A la clausura de la ley forzosa,
La obedeció con rara fortaleza
Para encubrir su vida milagrosa,
Y porque si al pequeño Dios llevara,
Quien lo supiera se escandalizara.

Y aunque en el portalejo mal labrado
Circuncidarse el niño Dios pudiera,
Pareció que no estaba ataviado
Con la decencia justa que debiera;
Y que si al Niño viera desagrado,
Que el corazón del pecho se saliera
En busca de la sangre que dió al Verbo
Para el remedio del bocado acerbo.

Quédase, y parte el virginal Esposo,
Y á la cursada Sinagoga llega,
Y puesto ante el ministro riguroso
De nuevo el venerable rostro riega;
Desnuda al Niño mas que el cielo hermoso
Y al Dios de amor al sacrificio entrega;
Encógese temblando, Dios desnudo,
Que teme el golpe del cuchillo agudo.

La belleza del Niño los admira,
Su gracia sin igual los enamora;
El Niño á su querido Josef mira,
Y por sus brazos amorosos llora;
El virginal Josef llora y suspira
Viendo el temor del niño Dios que adora,
Y con tiernos amores le entretiene
Mientras el pedernal agudo viene.

Llega la piedra dura, que quisiera
Que licencia de Dios le fuera dada,
Para que convertida en blanca cera,
No le hiera la carne inmaculada;
Llega medrosa y con la punta fiera
Hiere la bella carne delicada;
Pasmóse el cielo, entristeciése el día
Viendo en la carne santa la sangría.

Sus jazmines claveles se volvieron,
Sus azucenas coloradas rosas;
En vez de luz sus soles agnas dieron,
Y sus mejillas perlas congojosas;
Sus cristalinas carnes se tuvieron,
Salpicadas de gotas tan preciosas;
Abraza el niño á su Josef querido,
De amor llagado y por el hombre herido.

El divino Josef triste y lloroso,
Herida el alma de la aguda punta,
Viendo la herida de su amado hermoso
El soberano rostro al suyo junta;
Llora el Niño encogido y temeroso;
Josef con la color casi difunta
Acallarle procura diligente,
Y llora el Niño, que cual varón siente.

Dice Josef: «Dios bello, Dios herido,
Dios de amor, que del hombre enamorado
Por él la sangre hermosa habeis vertido,
Precio con que pudiera ser comprado;
Si tan pequeño, de ocho días nacido,
Tan caro ser fiador os ha costado,
¿Qué será cuando herido vuestro pecho
Dejéis al Padre eterno satisfecho?»

«Si agora al hombre vuestro amor convida,
Al tesoro de Dios abriendo puerta,
¿Qué será cuando dando vuestra vida
La del rasgado pecho quede abierta?
Si agora, Niño, de una sola herida
Al dolor queda el alma como muerta,
¿Qué será cuando lluevan á millares,
Y por ella de sangre rojos mares?»

«Si de nnas gotas son tantas las penas
Que el dolor vuestro al mas sensible excede,
¿Qué será cuando rotas vuestras venas
Ninguna gota dentro dellas quede?
Si agora de preciosa sangre llenas
Disimularse mal el dolor puede,
¿Qué será cuando abiertas y vacías
Dejen sin alma vuestras carnes frías?»

«Ea, Señor, que aunque llorando os veo
Por sentir os herido y desagrado,
Bien sé que habeis tenido gran deseo,
De recibir la herida que os han dado;
Y sé que vos, por redimir al reo,
Este tesoro habeis desembolsado,
Dando á los cielos vuestra sangre en prendas,
Que á quien bien paga no le duelen prendas.»

» Bien es, Señor, que por la fresca herida
El Pelicano eterno se desangre,
Que esperan los polluelos nueva vida
Si los salpica vuestra roja sangre:
Bien es que en calentura tan crecida
Vuestra divina majestad se sangre;
Que es grande su calor, y si le dura
La vida acabará la calentura.

» Salga esa sangre, soberano Infante,
Pues la sangre inocente del cordero
Puede romper el cielo de diamante
Y ablandar la prisión del duro acero;
Dejad que salga, regalado amante;
Tina la fruta del mortal madero,
Que si de aquesta sangre está bañada,
Como la del mortal será encarnada.

» Salga, Señor, de aquesta piedra viva
El fuego, donde amor sus flechas labra;
Salga el licor de la preciosa oliva,
Que unte la llave que los cielos abra;
Salga la sangre con que el Padre escriba,
Que vió hecha carne su inmortal palabra;
Salga el limpio sudor de la vid nueva
A hacer hermosa á la estragada Eva.

» Salga el bálsamo rico y oloroso
Para poner en la mortal herida;
La triaca salga de su vaso hermoso
Contra la mordedura desabrida;
Salga el vino suave y deleitoso
Con que se ha de embriagar vuestra querida;
Salga el tesoro de las ricas venas
A hacer de Adán gloriosas las cadenas.

» Salga, Señor, aqúese licor santo
Para sacar la mancha que ha cundido
Desde el primero causador del llanto
En todos los que del han descendido;
Salga, Señor, por el grosero manto
La tela de que estais enriquecido;
Caiga el rocío de esa nube hermosa
Y haga la tierra estéril fructuosa.

» Salga esa sangre porque á voces pida,
No como la de Abel justicia al cielo,
Mas la misericordia pretendida
Del que sudó al calor y tembló al hielo;
Salga la sangre que es del mundo vida,
Mate la muerte que destruyó al suelo;
Aneque vuestra sangre soberana
La culpa ocasionada en la manzana.

» Corra, Señor, aqúesa sangre pura
Que á dar la vida á Adán aguija y corre;
Salga, y cayendo sobre su escritura
Gloriosamente la cancela y borre;
Salga esa sangre con que Adán procura
Escalar de los cielos la alta torre;
Salga la sangre para el fiel ganado
Que de esa sangre quiere andar manchado.

» No lloreis mas, hermoso sol del cielo,
Eclipsado á ocho dias de nacido;
No escondais vuestra luz divina al suelo
Por ver que en vuestra sangre está teñido,
Mirad, Señor, que de ese roto velo
De que por bien del hombre estais vestido,
Se ha de cubrir el que se halló desnudo
Contra la ira de Dios haciendo escudo.

» ¿Quién, Niño mio, habrá que no se asombre
Mas que en ser hombre viéndose humillado,
Pues si tomáis su ser, su traje y nombre,
Señales de ser Dios habeis mostrado?
Mas hoy no solo no pareceis hombre,
Mas hombre en quien parece que hay pecado,
Cosa que haberla en vos es imposible,
Porque os es sumamente aborrecible.

» Y si habeis pretendido, herido hermoso,
Siendo la misma fuente de la gracia,
Sujetaros al golpe riguroso,
Que hiriendo cura al que nació en desgracia,
No os mostreis, mi amor bello, tan lloroso,
Ni esa belleza tan marchita y lacia;
Mirad que es en salud una sangría
Que remozca de Adán la sangre fria.

» Mirad que al fuego de esa sangre pura
El viejo Adán cual Fénix se renueva,
Que dejando la antigua vestidura
Quiere del nuevo Adán vestir la nueva;
Mirad que á aqúesa fuente de hermosura
Cual águila las viejas plumas lleva
Adonde las ahoga, y el renace
Entre el precio que al cielo satisface.

» Y pues ya entre los grillos y cadenas
Habeis metido vuestros pies y manos
Por dar esquite á las debidas penas
Que deben por sus culpas los humanos;
Dejad que salgan de las ricas venas
Los tesoros del cielo soberanos
A hacer del hombre ricas las prisiones
Y á derretir los duros corazones.

» Como el Niño á Josef tanto parece,
Piensa el ministro que es Josef su padre,
Y dice que muy justo le parece
Que el nombre suyo al Niño hermoso cuadre;
Mas Josef el divino nombre ofrece
Que trujo el Angel á la Virgen Madre:
« Jesús ha de llamarse », y admirado,
Jesus el fiel ministro le ha llamado.

» Jesus su venturoso nombre sea,
Y por él le haga Dios tan venturoso,
Que como el de Navé hecho le vea
Caudillo del cielo siempre victorioso;
A su voz obedezca el que rodea
La tierra con su curso presuroso;
Como el de Josedech repare el templo,
Dando en su dignidad mas raro ejemplo.

» Cual Jesus de Sirach veais, padre, honrado
Al Hijo hermoso que os ha dado el cielo,
De tanta ciencia y letras adornado,
Que sea cual el honor del patrio suelo;
Deos tan buena vejez el Niño amado,
Cual la merece vuestro justo celo;
Hágale Dios cual deseais que sea,
Y un raro Salvador en él se vea.

» Regocijado el celestial padrino
De ver que de su padre oficio ha hecho,
Dándole el nombre que del cielo vino,
Y él ha guardado en su virginal pecho;
« Mi Jesus, dice, mi Jesus divino,
Jesus que al cielo deja satisfecho,
Nombre de Dios ditado, traído al suelo
Por uno de la cámara del cielo ».

» ¿Cómo tan dulce y soberano nombre
Dado de Dios y de un ángel traído,
Quiere el cielo que yo sea el primer hombre
Que decirle en la tierra ha merecido?
Jesus mi alma eternamente nombre,
Nombrele el corazón enternecido,
Con letras de diamante en él se escriba,
Ásgase al alma donde eterno viva.

» Nombre que es gozo de la tierra y cielo,
Nombre que es paz del cielo y de la tierra,
Nombre que es de los hombres el consuelo
Y la gloria de los que el cielo encierra;
Alegria de Dios, vida del suelo,
Arco de paz, victoria de la guerra,
Premio del trabajado, sol del día,
Refugio cierto del que en él confia;

» Del enfermo salud, vida del muerto,
Vista del ciego, guía del errado,
Torre del flaco, del perdido puerto,
Vida del alma, muerte del pecado;
Libertad del cautivo, amigo cierto,
Escudo fuerte, muro torreado,
Fuego de amor, sagrado del que yerra,
Premio del cielo, gloria de la tierra;

» Nombre que el Padre por su boca dijo,
Y con que el cielo ilustra y hermosea;
Nombre que escoge su encarnado Hijo,
Y entre todos sus nombres mas campea;
Nombre que engendra gloria y regocijo,
En la persona que á las dos recrea;
Nombre que de los ángeles es gloria,
Y del hombre vencido la victoria.

» Nombre que mas nos muestra y nos declara
Al Verbo eterno en carne disfrazado,
Pues Jesus, dice Dios que nos repara,
Y dice hombre preso y enclavado;
Nombre con que Adán quita de su cara
El clavo y ese con que estaba herrado,
Y poniendo en su frente el nombre regio,
Goza de hidalgo el rico privilegio.

» Nombre que á Dios y hombre manifiesta,
Nombre que salva, nombre que redime,
Nombre que á Dios la hermosa sangre cuesta,
Porque el cielo y la tierra mas le estime;
Nombre á quien hace el cielo siempre fiesta,
Nombre mas que los ángeles sublime,
Nombre á quien postra el ángel la rodilla,
El mortal hombre y la infernal cuadrilla.

» Nombre con sangre de Dios hombre escrito,
Que con ser Dios le cuesta sangre el nombre;
Nombre que anega al general delito,
Y es tabla que á la orilla saca al hombre;
Nombre de precio eterno y infinito,
Que sin gracia imposible es que se nombre;
Nombre que el que á la ronda no le diere,
No hay porque libertad ni vida espere.

» Es este nombre ungüento derramado
Que su misericordia eterna vierte,
Es nombre que en prisión pondrá el pecado
Y destruirá la vida de la muerte;
Es nombre por quien Dios nace humanado,
Mostrando flaco al sumamente fuerte,
Nombre por quien el hombre el cielo hereda,
Pues que no hay otro que salvarle pueda.

» Es el divino nombre firma en blanco,
Aunque escrito con tinta colorada,
Que á letra vista en el eterno banco
No habrá libranza que no sea pagada;
Nombre que al que le toma hará tan franco,
Que de su vida tras la sangre amada,
Nombre que abre las puertas celestiales,
Poniendo en posesion á los mortales.

» Nombre de Dios y de sus nombres cifra,
Mar que á los demás nombres sorbe y bebe,
Nombre que en sí al inmenso abismo cifra
Reduciendo lo eterno á suma breve;
Nombre que solamente Dios descifra,
Pues solo sabe lo que se le debe,
Jesus, de gracia piélagos profundo,
Jesus divino, salvador del mundo.

» Mil requiebros y amores dulces dijo
Al nombre santo, y muchos mas dijera
Sino le aguará el mucho regocijo
El dolor que en el Niño considera;
Y así, cuidando del eterno Hijo,
Que siente el golpe de la herida fiera,
En los brazos le pone y se despide,
Lleándole á la Madre que le pide.

» Cual tórtola amorosa que se queja
En la temida ausencia de su esposo
Que en el desierto tálamo la deja
Enterneciendo al cielo riguroso;
Y cual suele recién parida oveja
Que le han quitado el recental hermoso
Tiernamente balar por el cordero
Que fué llevado al sacrificio fiero;

» Así piadosa bala y tierna gime
La tórtola fiel, la oveja blanca,
Divina madre del que á Adán redime
Y hace la puerta de los cielos franca;
El corazón llorosamente exprime,
Que ausente de su gloria se le arranca,
A su Esposo pidiendo á su Dios Niño
Que trae bañado en sangre el blanco armiño.

» Sale á mirar entre las celosias
De las ventanas de la humilde cueva,
Como á la Esposa en los pasados dias
El Esposo que el Niño Dios renueva;
Sale á las quebras de las piedras frias
A ver si viene quien su vida lleva,
Mira el camino, y si un árbol se mueve,
Se hace la grana de su rostro nieve.

» Llora, tiembla, suspira, teme, aguarda,
Desojada mirando á ver si asoma
El ayo fiel y la divina guarda
Del Eterno, que humano traje toma;
Y cuando mas parece que se tarda,
Mira que vuelve al arca la paloma,
No con el ramo de la paz querida,
Mas por buscarla de una piedra herida.

» Con blando arrullo llega al dulce nido
Donde la Madre espera desalada;
Llega el herido ciervo desvalido
A las fuentes del alma destilada;
Llega el nuevo galán que le han herido
Rondando á su querida regalada;
Llega de la batalla herido el fuerte,
Triste sintiendo que lo está de muerte.

» Josef renueva el doloroso llanto
Mirando que su Esposa en él se anega;
La Virgen soberana en dolor tanto
Al Dios llagado con su aljofar riega;
El niño herido del agudo canto
A los pechos hermosos mas se llega,
Y se esconde cual niño temeroso,
Quejándose del golpe riguroso.

» Dice la madre bella: « ¡Ay mi querido!
Bien de mi alma, lumbre de mis ojos,
¿Cómo, por meter paz, os han herido,
Quebrando en vos el Padre sus enojos?
¿Tan presto la justicia os ha prendido?
¿Tan presto aprisionó vuestros despojos?
¿Tan presto os puso la señal de esclavo?
¿Tan presto el cielo contra vos tan bravo? »

» Hijo de mis entrañas, mi alegría,
¿Tan presto dais la sangre que os he dado?
¿Pudierades guardarla por ser mia
Sin haberla tan presto derramado;
Y si era menester esta sangría
Para el enfermo del mortal bocado,
La madre que os da leche se sangrara,
Porque temo que á vos es cuate cara.

» Y si es que la justicia rigurosa
Os saca prendas por la deuda ajena,
¿Pudiera menos brava y mas piadosa
Sacarlas de esa luz pura y serena;
Que una divina lágrima preciosa
Derramada por vos fuera tan buena,
Que no solo la deuda asegurara,
Mas abundantemente la pagara.

» Herido mio, ¿qué es lo que habeis hecho
Que así os castiga vuestro padre airado?
¿Por qué, Señor, os pone en tanto estrecho
Que os vuelve á vuestra madre señalado?
¿Tanta sed tiene su divino pecho
De la sangre que habeis á vos juntado,
Que no aguardara á veros mas crecido,
Sino que os hiere de ocho dias nacido?

» Quien ha cinco mil años que os espera,
¿Otros treinta siquiera no esperara,
Sin que en prenderos tal rigor hubiera
Que el vestido santísimo os rasgara?
Pues quien viene á pagar persona era
Que conoce muy bien que no se alzara,
Que el tesoro de Dios tiene guardado
Para pagar al cielo de contado.

» Tanta prisa á cobrar, que de ocho dias
Os descerraja el arca del tesoro,
Sabiendo que hay en ella prendas mías
Que ya como á divinas las adoro?
¿Bastaran, Niño Dios, las perlas frias
Del corazón que se os deshace en lloro
Para dejar al cielo satisfecho
Sin sacaros la sangre de mi pecho.

» ¿Cómo, mi Niño y Dios recién nacido,
El vestido encarnado que os he dado
En ocho dias os le veo rompido
De vuestra sangre pura salpicado?
¿Con quién, mi Niño amado, habeis reñido
Que la divina sangre os ha sacado?
¿Ay hijo, que os quejais á vuestra madre
Del rigor con que os trata vuestro Padre!

» ¡Ay Jacob santo, abuelo venturoso!
Tú que la vestidura fiel rompiste
Cuando teñida la del hijo hermoso
Con sangre ajena ante tus ojos viste,
¿Qué podré hacer en trance tan forzoso,
Donde se rompe mi corazón triste,
Viendo con sangre propia de mi herido
Manchado el blanco y virginal vestido?

» Si te dijeron que una cruda fiera
Sacó su sangre y acabó su vida,
Teniendo por su sangre verdadera
La que su ropa te mostró teñida,
Aquí otra fiera, que es la culpa fiera,
Hizo en mi niño Dios la fiera herida,
Dejando con su sangre fiel manchada
La ropa hermosa, blanca y colorada.

» ¿Qué me decís, mi amor? Dejad el llanto,
Tomad el pecho y déj la sangre pura,
Porque ella irá a ocupar el vacío santo
De la que marchitó vuestra hermosura;
El cuerpo vuestro hirió el agudo canto,
Y el alma me pasó su punta dura;
Si herido estáis, herida gimo y lloro,
Que el dolor siento del amor que adoro.

» ¡Ay mi hijo amado! ¡Ay Jesús querido!
Jesús, que es nombre sobre todo nombre,
Nombre por quien os ha el amor herido,
Pues le tomastes por salvar al hombre;
Nombre de gracia y gloria enriquecido,
Nombre que al cielo y tierra es bien que asombre,
Nombre que tierra y cielo humilde adora,
Nombre que a Dios regala y enamora.

La Virgen bella al Niño herido acalla,
Y sintiendo su herida se enternece;
El tierno Infante por su madre calla,
Que llora por sentir lo que padece;
José se esfuerza para consolalla,
Reprime el llanto, que se aumenta y crece,
Y con varonil ánimo consuela
A la que vistió a Dios de humana tela.

La Virgen, que a José guarda obediencia,
Modera el sentimiento enternecido;
José guarda con suma reverencia
La reliquia divina del herido;
El niño Dios, ejemplo de paciencia,
Al pecho hermoso de su madre asido,
Como amoroso niño se regala
Con la que su pureza el sol no iguala.

José divierte a su querida Esposa
De la memoria del martirio grave;
Ella del Niño entre la luz hermosa
Hace su sentimiento más suave;
Toma él la leche cándida y sabrosa
Que a néctar dulce de los cielos sabe,
Y deja el doloroso amargo llanto,
Y yo el discurso deste tierno canto.

CANTO XVII.

De la adoración de los Reyes, y presentación en el Templo.

De los correos que despacha el cielo
Con la dichosa soberana nueva
De que entre paja en un pesebre al yelo
Se conserva la dulce fruta nueva,
Cuál por el aire enamorando al suelo
A los pastores santos se la lleva,
Dando las señas del recién nacido
En quien el ser de Dios está escondido;

Cuál esparciendo rayos de hermosura
Visita alegre el triste calabozo,
De luz vistiendo la prisión oscura,
Dando a las almas soberano gozo;
La cierta libertad les asegura,
Mejora su esperanza su alborozo;
Albricias pide de las nuevas buenas,
Y ellos cantan al son de las cadenas.

Cuál con la luz que a la del sol agravia
Por el aire esparciendo su tesoro,
Parte a la rica y venturosa Arabia,
Abundante en incienso, mirra y oro,
Y inspirando a la gente ilustre y sabia,
Insigue en ciencia y en el real decoro,
Del Oriente los lleva al nuevo Oriente,
Adonde nace el Sol omnipotente.

Suspensos miran una nueva estrella
Que hace clara la negra noche oscura,
De mayor resplandor y luz más bella
Que el que da a las demás su lumbre pura;
Miran un niño hermoso en mitad della,
De peregrina gracia y hermosura,
Y sobre su cabeza una cruz de oro
Que alegra de los cielos el tesoro.

Quedan absortos a una voz que dijo:
« ¡Id, venturosos sabios, a Judea,
Donde ha nacido el Rey que es de Dios hijo
Con el disfraz de la mortal librea. »
Pasmados en el raro regocijo
Que las dichosas almas les recrea,
Dan crédito a la voz viendo la lumbre
Fuera de toda natural costumbre.

Miran el cerco de los rayos de oro,
Del divino *Agnus Dei* iluminado,
Y al sol eterno del impíreo coro
De la luz de una estrella rodeado;
Ven de luz lleno el celestial tesoro
Que en un pesebre llora reclinado,
E inspirados del ángel que los llama,
Siguen la luz de la gloriosa llama.

Y con gozos del alma extraordinarios
Al nuevo Rey los dones aperciben,
Que son entre ellos fueros ordinarios
Dar dones cuando el nuevo Rey reciben;
Y subiendo en ligeros dromedarios,
Miran los rayos que en sus almas viven,
Siguiendo el celestial paje de hacha
Que con ricos tesoros los despacha.

Van tratando del bien que han alcanzado
Gozando de Balaán la nueva estrella,
Pues habiéndola muchos deseado,
Ellos llegaron a gozar de vella;
Cuál dice que lo había profetizado
La Eutica Sibila sabia y bella:
Cuál que al paciente Job lo habían oído
El tiempo que en Arabia había vivido.

En término de algunos pocos días
Ven la Jerusalén dichosa y santa;
Echan menos las glorias y alegrías
De la estrella, que ausente los espanta;
Quedan las almas con su ausencia frías,
Y en tanta turbación y pena tanta
Entran por la ciudad, que se alborota
Viendo gentes de tierra tan remota.

Preguntan por el nuevo Rey nacido;
Túrbase Herodes, la ciudad se altera;
Manda juntar del pueblo lo escogido,
Por saber dónde nace el Rey que espera;
Los sabios de la ley le han respondido
Que Belén de Judá la ciudad era
De quien saldrá el caudillo valeroso
Que al pueblo de Israel hará dichoso.

En secreto a los tres Herodes llama,
Y con rostro fingido significa
Que al nuevo Rey nacido estima y ama,
Y que su corazón le sacrifica,
Y que para adorar Rey de tal fama
Encarecidamente les suplica
Que en adorando la majestad nueva
Vuelvan a darle la dichosa nueva.

Salen los tres fortísimos varones
Buscando de Belén la fiel cisterna
Por mitad de los fieros escuadrones
Del enemigo rey que los gobierna,
Pasan con valerosos corazones
Buscando el agua de la fuente eterna,
Porque beba David, que está sediento
Del agua superior del firmamento.

Salen de la ciudad del rey tirano,
Ven la coluna rubia que los guía,
Como otro tiempo huyendo del gitano
Otra con el amado pueblo hacia;
Gózase el triunvirato soberano
Mirando de la estrella el alegría,
Siguen gozosos su derrota bella,
Buscando al sol en brazos de una estrella.

Siguen gozosos el divino rastro
De los rayos de luz que alegre ofrece
El nunca hasta allí visto hermoso astro
Que los ánimos reales enriquece,
Y absortos en el niño de alabastro,
Que en medio del risueño se parece,
Llegan al portal pobre donde habita
El nacar con su hermosa margarita.

Como ventor de muestra que siguiendo
La caza va, que atento se adelanta,
Y la tímida presa descubriendo,
La enseña con la mano que levanta,
Así la estrella, al unicornio viendo
En el regazo de la niña santa,
Dando de haberle hallado clara muestra,
A los tres cazadores se la muestra.

Con gozo celestial se lozanea
Sobre el portal con nuevos resplandores,
Y hechos lenguas sus rayos, los vocea
Que adoren al Señor de los señores;
Ellos absortos en quien los recrea,
Sus ojos reales derramando amores,
Se apean alegres, y en su amor deshechos,
No les caben las almas en los pechos.

La Virgen soberana que sabia,
Como tan docta en la lección sagrada
Que Heródes al Infante buscara,
Y de Sabá la gente celebrada,
El temor escurece a su alegría,
Y entre triste y alegre está turbada;
Al Niño pone en sus hermosos brazos,
Haciendo dellos amorosos lazos.

José escucha el nabateo lenguaje
De la gente oriental, y alegre avisa
A la que puso en el humano traje
Al que las plumas de los vientos pisa;
Ella, cierta del nuevo vasallaje,
El pálido temor convierte en risa,
Y ataviada lo mejor que pudo,
Hizo del niño Dios al pecho escudo.

Arrastrando real púrpura y brocado,
Ante la bella Reina de hermosura,
El terno llega bienaventurado,
Turbados a su luz hermosa y pura;
La cortés Virgen con divino agrado,
Corresponder con humildad procura
Al término cortés y real decoro,
Que arrastra y huella aljófar, perlas y oro.

Como suelen al sol montes de nieve,
Se deshacen aquestos montes altos
Al sol eterno que derrite y bebe
Los corazones de las almas faltos;
Dellos hace a sus pies el que al sol mueve
Tapete de brocado de tres altos,
Tan altos, que prostrados por el suelo,
Llegan al que es Altísimo del cielo.

De las cantoras aves del Oriente
La estrella cazó tres, que al Niño hermoso
Cantan un tres tan grave y dulcemente,
Que suspenden al aire vagaroso;
Alégrase gozosa y refulgente
De que a pesar del tiempo riguroso
Que hace florar al niño, el Niño calla,
Pues como a niño con un tres le acalla.

Prostradas las rodillas por la tierra,
Suplican les enseñe el tierno Niño,
Que la deidad inescrutable encierra
Entre la blanca piel del limpio armiño;
La Madre Virgen, paz de nuestra guerra,
Quitó del rostro bello el pobre armiño,
La cortina corrió del arca santa,
Que al cielo alegra y al infierno espanta.

Llegan los tres al Abraham eterno,
A quien en caridad no llegó alguno,
Y hecho huésped piadoso, humilde y tierno,
Dentro en su pecho hospeda a cada uno;
Que si el otro Abraham con gozo interno
Hospeda tres y adora en los tres uno,
Este de tres que hospeda es adorado,
Por el uno de tres y uno increado.

Cosen los graves rostros con el suelo
Al bello resplandor que los deslumbra,
Y pasmados al bien que goza el cielo
Del sol eterno, cuya luz le alumbra,
Adoran en el pobre humano velo
Al que en el pecho paternal se encumbra;
Por Dios y rey al Niño eterno adoran,
Y de su vista alegre se enamoran.

Abren los cofres de los ricos dones,
Y al Niño incienso, mirra y oro ofrecen,
Ofreciendo los nobles corazones
Que en los devotos ojos se parecen;
Confíesanse los inclitos varones
Por Dios, y con incienso le engrandecen;
Como a su rey el oro le dedican,
Y en la mirra que es hombre significan.

Las águilas reales coronadas
Se prueban a la luz del sol glorioso,
Quedando cual el Fénix remozadas,
Al resplandor del fuego poderoso;
Las alas encogidas y humilladas
Abaten ante el Rey y Niño hermoso;
Ante sus pies humillan sus coronas,
Y a la luz de sus ojos sus personas.

« Recibe, oh Niño, el mas anciano dijo,
Los pobres dones de los ricos pechos,
Llenos de fe, de gozo y regocijo,
Y en tu divino amor de amor deshechos;
Por Dios te confesamos de Dios hijo,
Por quien la tierra y cielos fueron hechos;
Por rey, pues tus vasallos nos hacemos,
Y por mortal, pues padecer te vemos.

« Por príncipe heredero te juramos
De las eternidades, y decimos
Que por eterno Dios te confesamos,
Aunque cual hombre padecer te vimos;
Por la gentilidad caucion prestamos,
Y en su nombre por rey te recibimos;
Tú eres nuestro rey, rey Dios y hombre,
Y nosotros vasallos de tu nombre.

« Cese la fama ya de nuestra reina,
Que a ver de Salomón la gloria vino,
De donde el alba sus cabellos peina,
Movida de su ingenio peregrino;
Que ya otro nuevo Rey mas sabio reina,
Dios mortal, fuerte Rey, hombre divino,
Que nos trae de remotas partes varias,
A dar a su grandeza eternas parias.

« Cese del mismo Salomón la historia
Y de su trono de marfil la fama,
Que este bello escurece la memoria
Del que famoso todo el mundo llama;
Vos, Virgen, sois el trono de su gloria,
Donde se sienta el Salomón que os ama,
Trono de luz que a los del cielo humilla,
Trono de Dios y de su gloria silla. »

El guardajoyas del Infante hermoso,
Mayordomo mayor de su grandeza,
José, de su adorada Reina esposo,
Guarda de los tres dones la riqueza;
El Niño agradeceido y amoroso
Por la luz donde vive la belleza
Les muestra el alma, y lleno de alegría
En las suyas divinos gozos cria.

Besan el pie del Papa sacrosanto,
Que concede plenísima indulgencia
A los que, visitando el lugar santo,
Hacen de sus pecados penitencia;
Vertiendo fuentes de copioso llanto,
Hacen para ganarla diligencia;
Gananla humildes, y de pena sacan
Tres almas, que llorando a Dios aplacan.